



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo, 6 de febrero de 2022

[\[Multimedia\]](#)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de la liturgia de hoy nos lleva a las orillas del Mar de Galilea. La multitud se agolpa en torno a Jesús, mientras algunos pescadores decepcionados, entre ellos Simón Pedro, lavan sus redes después de una noche de pesca que salió mal. Y he aquí que Jesús sube a la barca de Simón; luego lo invita a ir mar adentro y echar de nuevo las redes (*cf. Lc 5,1-4*). Detengámonos en estas dos acciones de Jesús: primero, sube a la barca y, luego, la segunda, invita a ir mar adentro. Había sido una noche en que las cosas habían salido mal, sin pescados, pero Pedro confía y va mar adentro.

Primero, Jesús sube a la barca de Simón. ¿Para hacer qué? Para enseñar. Pide precisamente esa barca, que no está llena de peces, sino que ha regresado a la orilla vacía, tras una noche de trabajo y decepción. Es una bella imagen para nosotros también. Cada día la barca de nuestra vida abandona la orilla de nuestro hogar para adentrarse en el mar de las actividades cotidianas; cada día intentamos “pescar mar adentro”, cultivar sueños, llevar adelante proyectos, vivir el amor en nuestras relaciones. Pero a menudo, como Pedro, experimentamos la “noche de las redes vacías”, la noche de las redes vacías... la decepción de esforzarse tanto y no ver los resultados deseados: “Hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada” (v. 5), dice Simón. Cuántas veces también nosotros nos quedamos con una sensación de derrota, mientras la decepción y la amargura surgen en nuestros corazones. Dos carcomas muy peligrosas.

¿Qué hace entonces el Señor? Elige subirse a nuestra barca. Desde allí quiere anunciar el Evangelio al mundo. Precisamente esa barca vacía, símbolo de nuestra incapacidad, se convierte en la “cátedra” de Jesús, en el púlpito desde el que proclama la Palabra. Y esto es lo que le gusta hacer al Señor: el Señor es el Señor de las sorpresas, de los milagros en las sorpresas; subir a la barca de nuestra vida cuando no tenemos nada que ofrecerle; entrar en nuestros vacíos y llenarlos con su presencia; servirse de nuestra pobreza para proclamar su riqueza, de nuestras miserias para proclamar su misericordia. Recordemos esto: Dios no quiere un crucero, le basta con una pobre barca “destartalada”, siempre que lo acogamos: ¡Eso sí! Acogerlo. No interesa la barca... acogerlo. Pero, me pregunto, ¿lo dejamos entrar en la barca de nuestras vidas? ¿Ponemos a su disposición lo poco que tenemos? A veces nos sentimos indignos de Él porque somos pecadores. Pero esta es una excusa que no le gusta al Señor, porque lo aleja de nosotros. Él es el Dios de la cercanía, de la compasión, de la ternura, y no busca el perfeccionismo, busca la acogida. También a ti te dice: “Déjame subir a la barca de tu vida”. “Pero, Señor, mira...”, “Así: déjame subir, tal como es”. Pensemos en esto.

Así es como el Señor reconstruye la confianza de Pedro. Tras subir a su barca, después de predicar, le dice: “Rema mar adentro” (v. 4). No era una hora adecuada para pescar, era pleno día, pero Pedro confía en Jesús. No se apoya en las estrategias de los pescadores, que conocía bien, sino que se apoya en la novedad de Jesús. Aquel asombro que lo movía a hacer aquello que Jesús le decía. Lo mismo ocurre con nosotros: si acogemos al Señor en nuestra barca, podemos ir mar adentro. Con Jesús se navega por el mar de la vida sin miedo, sin ceder a la decepción cuando no se pesca nada, y sin ceder al “no hay nada más que hacer”. Siempre, tanto en la vida personal como en la vida de la Iglesia y de la sociedad, se puede hacer algo que sea hermoso y valiente: siempre. Siempre podemos volver a empezar, el Señor siempre nos invita a volver a ponernos en juego porque Él abre nuevas posibilidades. Aceptemos, pues, la invitación: ahuyentemos el pesimismo y la desconfianza y *entremos mar adentro* con Jesús. Incluso nuestra pequeña barca vacía será testigo de una pesca milagrosa.

Recemos a María, que como ninguna otra acogió al Señor en la barca de la vida, para que nos anime e interceda por nosotros.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy se celebra la *Jornada Internacional contra la Mutilación Genital Femenina*. Aproximadamente tres millones de niñas padecen este procedimiento cada año, a menudo en condiciones muy peligrosas para su salud. Esta práctica, desgraciadamente extendida en muchas partes del

mundo, humilla la dignidad de la mujer y atenta gravemente contra su integridad física.

Y el próximo martes, memoria litúrgica de Santa Josefina Bakhita, se celebrará la *Jornada Mundial de Oración y Reflexión contra la Trata de Personas*. Esta es una herida profunda, infligida por la vergonzosa búsqueda de intereses económicos sin ningún respeto por la persona humana. Muchas niñas —las vemos en las calles— que no son libres, son esclavas de los traficantes, que las mandan a trabajar y, si no traen el dinero, las golpean. Esto está ocurriendo en nuestras ciudades hoy en día. Pensemos realmente en ello.

Ante estas lacras de la humanidad, expreso mi dolor e insto a todos los responsables a que actúen con decisión para evitar tanto la explotación como las prácticas humillantes que afligen sobre todo a las mujeres y a las niñas.

Hoy, en Italia, también se celebra la *Jornada por la Vida*, con el lema "Cuidar cada vida". Este llamamiento es válido para todos, especialmente para las categorías más débiles: los ancianos, los enfermos e incluso los niños a los que se les impide nacer. Me uno a los obispos italianos en la promoción de la cultura de la vida como respuesta a la lógica del descarte y al declive demográfico. ¡Toda vida debe ser protegida, siempre!

Estamos acostumbrados a ver y leer en los medios de comunicación tantas cosas malas, malas noticias, accidentes, asesinatos... tantas cosas. Pero hoy me gustaría mencionar dos cosas bellas. Una, en Marruecos, cómo todo el pueblo se unió para salvar a Rayan. Era todo el pueblo que estaba allí, trabajando para salvar a un niño. Pusieron todo lo que tenían en ello. Por desgracia, no lo consiguió. Pero ese ejemplo —lo leía hoy en *Il Messaggero*—, esas fotografías de un pueblo allí, esperando para salvar a un niño.... ¡Gracias a estas personas por este testimonio!

Y otra, que ocurrió aquí en Italia, y que no aparecerá en el periódico. En Monferrato: John, un chico ghanés, de 25 años, migrante, que sufrió todo lo que sufren muchos migrantes para llegar hasta aquí, y al final se instaló en Monferrato, empezó a trabajar, a hacer su futuro, en una empresa de vinos. Y luego cayó enfermo de un terrible cáncer, al punto de estar muriendo. Y cuando le dijeron la verdad, lo que le hubiera gustado hacer, [respondió:] "Volver a casa para abrazar a mi padre antes de morir". Al morir, pensó en su padre. Y en ese pueblo de Monferrato, inmediatamente hicieron una colecta y, atiborrándolo de morfina, lo metieron a él y a un compañero en un avión y lo enviaron para que muriera en los brazos de su padre. Esto nos muestra que hoy, en medio de tantas malas noticias, hay cosas hermosas, hay "santos de la puerta de al lado". Gracias por estos dos testimonios que nos hacen bien.

Os saludo a todos, romanos y peregrinos. En particular, los procedentes de Alemania, Polonia y Valencia (España); así como los universitarios de Madrid —¡son ruidosos, estos españoles!— y los fieles de la parroquia de San Francisco de Asís, en Roma. Un saludo especial a las religiosas

del grupo *Talitha Kum*, que trabajan contra la trata. Gracias. Gracias por lo que hacen, por su valentía. Gracias. Las animo en su trabajo y bendigo la estatua de Santa Josefina Bakhita.

Y les deseo a todos un buen domingo. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Que tengan un buen almuerzo y adiós.